

José Enrique Canabal

París, 1945

I PREMIO INTERNACIONAL ALEXANDRE DUMAS DE NOVELA



NARRATIVA

M.A.R. Editor



José Enrique Canabal

París, 1945

I PREMIO INTERNACIONAL
ALEXANDRE DUMAS
DE NOVELA

narrativa

M.A.R. Editor

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra: © José Enrique Canabal Barreiro

De la edición: © M.A.R. Editor

Febrero de 2012

M.A.R. Editor

www.mareditor.com

ISBN: 978-84-939322-2-0

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fabula

De la foto de portada © Conseil Régional de Basse-Normandie/National Archives USA.

Soldados de infantería corren por la Avenida de París de Cherbourg a la captura de francotiradores alemanes.

De la foto del autor © Paco Manzano

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

*A mi hermana Pili, con cariño,
porque siempre estuvo ahí.*

*A todos los héroes españoles que dieron
su vida luchando contra el fascismo,
por la libertad de Europa.*

1. POSGUERRA

Estaban llegando a Normandía. Allá, a lo lejos, los acantilados envolvían a las playas, todavía resonaban los gritos de los soldados y el estruendo de los nidos de las ametralladoras; el viento aullaba con una rabia huracanada y amartillaba los promontorios; aún se sentían los lamentos de los soldados moribundos que entregaban sus almas en las playas; en la espadaña de la iglesia, la campana se bamboleaba, mostrando su sumisión al temporal. Detrás, el viento se arremolinaba con virulencia contra el ramaje de los árboles y amenazaba con arrancarlos, sus bramidos comenzaban a remitir, eran el preludio de una deslumbrante alborada. Desde el muelle, se divisaban los acantilados y los búnkeres que amenazantes rodeaban el pueblo; un fuerte olor a algas naufragadas les embriagó, algunas gaviotas revoloteaban a su alrededor dándoles el adiós; el mar se había entristecido y el monótono sonido del romper de las olas, en la playa, era su lastimosa despedida; el sol se había escondido tras una espesa neblina y a lo lejos, de vez en cuando, el graznido de algún cormorán hambriento quebrantaba la tristeza de aquel día. El cielo se iba tiñendo de un color grisáceo, casi negro; nubes enrocadas por un viento del norte iban asaltando el infinito marítimo. En el horizonte, hacia el noroeste, sobre el confín marino, el fulgor de los relámpagos notificaba la esperada tempestad invernal. Las gaviotas se despedían y dirigían su vuelo hacia las rocas de los acantilados para refugiarse de la tormenta, aunque recelaban de la llegada de la noche, no necesitan oír el triste tañido de las campanas de las iglesias para enterarse que se avecinaba la hora del crepúsculo.

Maximine Loira Duran, marqués de Moll, y su joven y bella esposa se enfrascaron mirando aquel paisaje por última vez. Tan sólo tres días de descanso los aliviaron de todo lo vivido en el proceso de Nüremberg. El trayecto lo harían dando un largo rodeo, primero Normandía y luego París, en donde condecorarían a su mujer, a él y a un buen amigo y, por fin, volverían a Amiens. Aquella imagen de la costa y el recuerdo de los compañeros muertos en la Segunda Guerra Mundial, siempre les acompañó y nunca se borraría de sus mentes. Murieron casi todos y en los momentos difíciles su evocación les daría fuerzas para seguir luchando. Aunque en aquel momento, hallaban tan grande su miseria, que temían necesitar de ella. Sus rostros eran acariciados por un sureste cálido. Era la hora del atardecer, unos postreros rayos del sol bañaban un horizonte radiante y teñían la mar de escarlata, allá en los confines de la inmensidad. Erguidos oteaban el horizonte de agua que se desvanecía en los límites de sus pensamientos. Sabían que en las almas grandes había rincones de debilidad en los cuales dormían los escepticismos. El mar se preparaba para el embate y se despedía de la playa copulando con ella.

Cuando llegaron a París la tarde comenzaba a caer y los rayos de sol apenas atravesaban las nubes bajas que llegaban del Atlántico cargadas de lluvia; la tenue luz se esparcía por la campiña. Dificilmente se podía distinguir el contorno de la ciudad, tan sólo destacaba el perfil de la catedral de Notre-Dame y la Torre Eiffel, con su bandera allá en lo alto. Al fondo, el cielo mostraba un gris amenazante. Aquel agridulce momento dejó taciturno a Maximine, miró a la tricolor y su mente se llenó de pensamientos, pero cuando ya nada subsiste de un pasado envejecido, cuando ya han muerto los amigos y se han derrumbado las esencias, tan solo queda lo más quebradizo, lo más vivo, lo más etéreo, el dolor perdura mucho más, los

recuerdos esperan sobre las ruinas de todo y soportan, sin doblegarse, los impalpables recuerdos que siguen de dentro afuera los estados simultáneamente yuxtapuestos de su conocimiento y antes de llegar al horizonte real que lo envuelve, se reencuentra con voluptuosidades de otra clase: sentirse plácidamente sentado, percibir el buen aroma del aire, sentir el tañido de las campanadas de la iglesia. A cada hora que daban, parecía que no habían pasado más que unos instantes desde que sonara la anterior; la más reciente venía a inscribirse en el cielo tan cerca de la otra, que le era imposible creer que cupieran sesenta minutos en aquel arquito azul comprendido entre dos rayos de sol. Y algunas veces, esa hora prematura sonaba con dos campanadas más que al última; había, pues, una que se escapó y algo que había ocurrido, no había sucedido para él; sus recuerdos, mágicos como un profundo sueño, habían engañado a sus alucinados oídos, borrando la campana de la azulada superficie del silencio. En un postrero y desesperado esfuerzo, su sonriente rostro llegó a la máxima ternura y olvido, pero comprendiendo, sin duda, que no tenía más remedio que apostillar, y pensó en voz alta:

—Yo tengo amigos dondequiera que haya rebaños de árboles heridos, pero que no se dejen vencer y que se agrupan para implorar juntos, con patética obstinación, a un cielo inclemente que no se compadezca de ellos. Ya no están.

La tarde tenía un color sombrío y amenazaba una noche sin suspiros; en el horizonte se divisaba una cortina de lluvia que avanzaba, el resplandor de las tenues luces de la ciudad iluminaba las rachas de agua, que brotaban torrenciales del cielo. Levantó la cara, dejó que el agua le cegara y discurriera libremente por sus mejillas, quería que aquel instante se grabara en su corazón y el agua borrara los recuerdos de la guerra que solidificaban su rostro y un gusto salobre sellaba sus labios. Para el marqués, la guerra había trastoca-

do su mundo, los recordaba a todos: al heroico Yiyo, su amigo del alma que a pesar de su intrepidez llegó hasta el final de la guerra, y qué decir del doctor Saint Martin, con su valerosa marcha de doscientos kilómetros con cincuenta niños judíos tuberculosos huyendo de las atrocidades de la Gestapo, recordaba a Henry, el desventurado maestro, a Pierre, a su ayudante Paul, a Samuel Henry, el tabernero, al padre Jean, al Francés, a madame Fourcade, la buena de Marlen, a Joseph y a su inseparable Antón, el españolito, al que los nazis habían torturado una y otra vez, a los hermanos de Marie-Françoise, Lionel y Salvatore y tantos otros que desfilaban en su mente. Al marqués de Moll no le era imprescindible cerrar los ojos para invocar al sueño; después de la guerra todavía alucinaba despierto, auscultando a medio tumulto las voces más crudas de sus recuerdos oníricos; era como un doliente que sonreía con el arrebatado de un reencarnado; sentía un amor imposible, un frío inmenso y despiadado que no era más que soledad, pero su mente añorante le llevó volando por los limbos fronterizos de la guerra; ahora soñaba insomne con los ojos abiertos. Los sueños le habían conducido por los caminos de la noche, en ella cohabitaba una enamorada luna llena, rodeada de lobos aullantes. La Gestapo y hachas ensangrentadas. Bosques inanimados y las SS. Asesinato, tortura y traición.

Una vez más, antes del alba, las llamaradas del sol naciente arrojaban su hechizo sobre los campos yermos de la Europa lastimada, era como si una orgía diáfana estuviese llegando a su fin; en ese preciso instante su sueño se disipaba gradualmente, a lo lejos, mas allá del escabroso horizonte las almas, torturadas por los alemanes, habían vendido sus cuerpos inanimados al diablo. Aquella tarde serían condecorados por el mismísimo Charles de Gaulle. Tenía preparado un discurso, miró las cuartillas que tenía en la mano, las posó en la mesa y memorizando comenzó a recitarlas,

pero su mente le traicionaba, le llevaba una y otra vez a los luctuosos recuerdos de la guerra.

El doctor Saint Martin no quiso asistir a su condecoración, manifestaba que debería ser el mismísimo Charles de Gaulle quien fuese al hospital y condecorase a los niños torturados y no a él. Su mujer, Claudia, acompañada de dos niños y dos niñas con signos inequívocos de tortura en sus caras, fue la encargada de recoger la Legión de Honor, con breves palabras manifestó que aquella condecoración era para los niños judíos polacos, torturados por los alemanes, su marido la rechazaba. Reprochó a las autoridades la falta de tacto y la inexistente ayuda a su hospital infantil, en donde malvivían más de quinientos huérfanos. Ahora era la sociedad francesa la que no funcionaba. De Gaulle, molesto por la crítica en día festivo, se la quitó de en medio precipitadamente entregándole la medalla. Los siguientes condecorados sorprendidos por la falta de tacto del general, en señal de protesta, recibieron la condecoración sin agradecimientos, no se cuadraron ante el general, que había hecho la guerra cómodamente en Londres, pero sí lo hicieron ante la tricolor.

Maximine y su joven esposa volvían a Amiens. El tren avanzaba precipitadamente, con desconcierto furioso, apenas si se detenía en unas estaciones y las otras las pasaba en un suspiro. Parecía embestir los campos, pero su avance, en el horizonte, apenas se notaba, se diría que las verdes praderas ondulaban como una inmensa manta verde, era como si el propio tren las estuviese sacudiendo. Cuanto más vertiginoso transitaba el tren, más mordaces eran las ondulaciones. Maximine se daba cuenta de que se le paralizaban los pensamientos, lo que sin duda, le conduciría a un callejón sin salida. Podía sentir la presencia de ella, veía su rostro irradiando una felicidad indescriptible, como el cielo de poniente en el horizonte; la hermosa luz del crepúsculo hacia que su imagen

se reflejara en la ventanilla y el retazo de tela celeste de su camisa hacía contrapunto con la crispación de su mandíbula, sus canosos cabellos morenos, alborotados, se sublevaban sobre su frente; sentía un amor tan intenso por ella que la desazón volvía a embargarlo; aquellos insanos pensamientos, fruto de la guerra, le producían un dolor tan fuerte y real en su corazón, que notaba una punzada en su pecho. Pero al mirarla, sus ojos celtas se humedecieron contemplando cómo el rostro de ella irradiaba una luz blanquecina, que mostraba una mirada de felicidad y sus labios rezumaban un amor muy profundo. Sabía que las lágrimas derramadas eran amargas, pero más amargas eran las que no se derramaban. El cansancio y el traqueteo del tren hicieron que se quedase profundamente dormido y sus pensamientos volvieron al pasado.

2. LA NIÑA MARIE

Se había levantado un fresco sombrío, un airecillo matutino se filtraba por la piel; Marie caminaba en silencio, con el rostro ensombrecido, pies fatigados, la memoria vacía, el pelo y la ropa llenos de polvareda, la garganta seca y la cara aterida de frío. A los pocos cientos de pasos se encogió la noche yerma y un resplandeciente día nacía en el horizonte; a la derecha, hacia el río, la lechuza silbaba jactanciosa desde el bosquecillo de robles y los murciélagos, perseguidos por el alba, sobrevolaban ofuscados por una luz intrusa en busca de su morada; perros callejeros se levantaban perezosos, seguían a los viandantes y los adelantaban de trecho en trecho. Los niños soñolientos se acercaban al colegio, sabían que cuando sobraban las palabras, bastaba el silencio. Entraban al aula de uno en uno, saludando al maestro con un anodino: «Buenos días, señor maestro». Henry, el maestro, se acercaba a la pizarra y comenzaba a borrarla. El murmullo iba decreciendo y los alumnos se acomodaban. Marie dejó el maletín de lona a sus pies y observó el aula por última vez; era una clase alargada, jalonada por ocho filas de sillas, cuatro a cada lado, separadas por un pasillo central, el suelo era de baldosas grisáceas, las paredes estaban protegidas por un zócalo rugoso de pintura gris, la parte alta estaba rematada con pintura blanca, muy manchada, que se prolongaba por un desconcertante techo lleno de grietas; amplios ventanales de cerrajería y vidrio sucio alumbran la parte derecha del aula, agrandándola hacia el amplio patio. Las tenues bombillas del techo consagraban aquella vetusta y fría aula, en la que sobresalía la desgastada tarima, encanallada por el paso de los años y el polvillo de tiza,

donde se asentaba la raída mesa del profesor, a su espalda, la enorme pizarra llena de confusos garabatos de tiza. La madre de Marie le había dicho que tendría que dejar de estudiar e ir a trabajar con ella a la fábrica, para que sus hermanos pudiesen estudiar y el día de mañana fuesen hombres de provecho, y a ella que la zurcieran. El maestro terminó de borrar, levantó la cabeza y parsimonioso se dirigió a los alumnos:

—Hoy, para algunos de vosotros, por desgracia, será su último día de colegio. Aunque de Alemania llegan noticias confusas sobre el ascenso al poder de los nazis capitaneados por un tal Hitler, hoy tendremos una clase especial. Hablaremos de los caminos y de las cosas de la vida. A algunos, a veces, les llamamos excéntricos aunque universalmente son los que abren los caminos que mucho más tarde recorrerán los sabios. Sé que algunos estáis muy tristes porque vais a dejar a los amigos que os acompañaron los últimos años, no os preocupéis, durante vuestra vida haréis muchos más, pero es conveniente que sepáis valorarles. —Les mira, a algunos las lágrimas están a punto de resbalarles por la cara, circunspecto dice— Marie, sal a la tarima, leerás la redacción que os encargué sobre la amistad.

Marie se levanta distante, viste un sobrio traje azul mahón desteñido y una blusa blanca que le queda algo raquítica, parsimoniosa se dirige a la tarima, sube, el maestro le entrega un cuaderno abierto y le dice:

—Lee la última página que escribiste.

—La amistad: Hay amigos sempiternos, amigos que son de piel y otros que son de hierro. Hay amigos del tiempo, de la escuela y otros del trabajo. Hay amigos que se cultivan, que se eligen y otros que se adoptan. Hay amigos del alma, del corazón, de sangre, de vidas pasadas y otros para toda la vida. Hay amigos que están en las buenas, otros que están en las malas, otros que están siempre y

otros que nunca están. Hay amigos que se van, que nos dejan, que se quedan y otros que vuelven. Hay amigos que se extrañan, que se lloran, que se piensan, que se abrazan y otros que sólo se miran, pero siempre es bueno tener amigos.

—Muy bien Marie. —A Henry, la niña lo tenía cautivado, era la mejor alumna que había pasado por su clase, lamentaba que tuviese que dejar los estudios— Qué te sugiere lo que acabas de leer.

—Amigo no es el que ríe mi risa, —hace una pausa, la emoción la embargaba y enmudecía su garganta— sino el que llora mi lágrima.

—Muy bien Marie, puedes sentarte. —El maestro quedó pensativo, los alumnos le miraban, le notaban algo raro, les sonrió y les dijo— Siempre es tarde cuando se llora, pero no olvidéis que la sonrisa es el sol que ahuyenta al invierno del rostro humano.

Durante la mañana Henry, el maestro, continuó sacando alumnos a la pizarra. Marie estaba afligida, ya nunca volvería a su amado colegio. Ella sabía, a pesar de su corta edad, que la vida era como una amistad de la que se ve el principio, pero no el final. Una fascinación recóndita los protegía allí. En el colegio pasaban horas y horas, fascinados por las historias que les narraba el maestro, sintiendo una gran sinfonía de las palabras; en aquellos momentos Marie tenía la percepción de que estaba junto a un gigante. Ella sentía que no debería poner límites a sus sueños. Eternamente recordaría el colegio, sabía que ninguna herida se borraría. Al salir del colegio Henry acompañó a Marie, le tenía un gran afecto, le apesadumbra- ba que tuviese que dejar su aprendizaje para ir a trabajar la fábrica, otra vocación perdida. Era una pena, poseía inteligencia, facilidad y voluntad de estudiar, no como los catetos de sus hermanos.

—Qué callada estás, Marie.

—Sí, el silencio es como una página en blanco. Voy a echar de menos sus clases. —Marie sollozó. Henry se percató de que no

tenía pañuelo y se limpiaba las lágrimas con el puño de la blusa; metió la mano en el bolsillo, sacó su pañuelo, se lo entregó a Marie y añadió:

—En ocasiones, nuestra mayor fortaleza reside en admitir nuestras debilidades.

—¿Usted cree, maestro? —Le tendió el pañuelo.

—Sí, lo creo. Y no me llames maestro, llámame Henry, como lo hacen en el barrio.

—No sé si podré.

—Claro que podrás, Marie. Ten siempre en cuenta que la verdad malintencionada es peor que la mentira, y en tu barrio hay mucha falsedad.

—Lo sé, Henry, y mucha miseria de esa que desgarrar el alma.

—¿Tienes algún sueño?

—Sí, el de ser maestra.

—Pero Marie, dejando los estudios jamás conseguirás ser maestra.

—No lo creas, Henry, cuando logre emanciparme, trabajaré y estudiaré.

—Aunque te va a ser muy difícil lograrlo, espero que por tu bien lo consigas. No hay peor crimen que matar un sueño, ni mayor virtud que realizarlo. Si necesitas de mi ayuda no dudes en venir a verme, siempre estaré aquí y me agrada ayudarte.

—Gracias. Yo creo que lo lograré.

—Bueno, te dejo. Voy acercarme a la taberna de Samuel Henry.

La besó en la frente, Marie se sonrojó y él le apretó la mano. El maestro sabía que el amor se hacía con el corazón y se deshacía con los sentidos; lo echaba tanto de menos que le dolía por dentro. Aquella niña le agradaba; estaba tan llena de vida que en la rancia fábrica, sin duda alguna, la lastimarían.

Marie se dirigió lentamente a su casa, estuvo vagando por la ori-

lla del río hasta bien entrada la tarde. A su pesar abandonaba los estudios para ayudar en casa y hacer horas en la fábrica donde trabajaba su madre. Antes de salir del colegio Henry, el maestro, le había regalado un libro de poemas de Víctor Hugo. El crepúsculo lloraba, un cielo ceniciento, tupido, cargado de melancolía, pesaba sobre el barrio como una lápida, oscureciendo sus callejones y desdibujando las fachadas de las moradas. Camino de su casa pensaba que debería ir a la fábrica lo antes que pudiera; cualquier día en su casa ocurriría una desgracia irreparable y ella no quería ser la culpable. Marie iba contando las puertas del patio. Al llegar a la suya entró. La familia cenaba alrededor de la mesa redonda. Su madre la miró con reproche por haber llegado tan tarde, había estado ganduleando. Repartía entre sus hijos el contenido de una fuente de patatas salteadas con un no sé qué. Su madre iba cada día a una charcutería de la plaza del mercado a recoger sobras para los perros. Las limpiaba, recortaba las partes que habían empezado a descomponerse, echaba sal y pimienta en abundancia, luego las salteaba con grasa y cebolla, añadía agua, echaba patatas y nabos, dejándolo cocer a fuego lento toda la mañana. ¡Qué bueno estaba! Aunque echaban de menos el pan fresco. Françoise, Lionel y Salvatore tragaban vorazmente. Marie tenía la mirada pérdida, el rostro serio, sin abrir la boca, con los codos apoyados en la mesa miraba al fuego con expresión de cansancio. Había heredado de su madre un pecho firme y ancho. Ojos negros, de mirada alegre, nariz corta, de ventanas abiertas, boca carnosa, su tez blanca y rosa hablaban de juventud. Su opulenta cabellera, como de pálido lino, larga y abundante, de mujer del Norte, como las que lucían las hadas de antaño, daba lugar a que en el barrio se la llamara «la hermosa trigueña». Marie tenía catorce años.

La lluvia repiqueteaba con fuerza contra la ventana, era el sonido de la soledad. Sentía pena por tener que dejar el colegio aquellas

sensaciones se agolpaban, caóticamente en su cerebro. Sin darse cuenta se encontraba en la habitación, entró cabizbaja, dejó la puerta abierta y sin hacer ruido se acostó. En la habitación de al lado dormían sus hermanos, que nunca se enteraban de nada; al sentirlos respirar percibía que algo se rompía en su interior para siempre, y, supo que aquella agridulce soledad que la embargaba, iba a ser fiel compañera de viaje, en los tortuosos caminos que le quedaban por recorrer a lo largo de su vida. Con estas sensaciones se entregó al sueño reparador antes de iniciar la andadura de la vida. De repente, a media noche, oyó cómo su madre, llorando, increpaba a su marido por haberse bebido todo el jornal de la semana; últimamente lo hacía cada vez que cobraba, los viernes por la noche, como aquel, volvía a casa totalmente borracho, sin un céntimo y convertía el hogar en un infierno. Isabela, su madre, muy nerviosa le reprochaba una y otra vez hasta que él le amenazaba con irse a dormir a la cocina, entonces ella callaba y se iba a dormir con Marie, sollozando comprendía lo que el borracho de Tom Petit insinuaba. Pero él la llamaba con ánimo de montar una bronca, quería que fuese a yacer con él; Marie escuchaba con miedo las quejas de su madre que sermoneaba: «Borracho, como se te ocurra tocarme, te arrepentirás». Sus hermanos lloraban; y a pesar de todo, su madre pesarosa se levantaba e iba a yacer con Tom Petit. Al rato, madre volvía llorosa, con las ropas maltrechas, el rostro desencajado y entumecido por los golpes, el miedo surcaba su cara; sus hermanos, al verla, llenos de miedo gimoteaban. La noche transcurría lentamente, el pánico no dejaba que concillasen el sueño, entonces Marie se levantaba, se subía al desván y entre las vigas buscaba nidos de ratones, traía un par de crías para que su hermano pequeño jugase con ellas; después en un vano intento por consolarles, les susurraba una canción de cuna y les suplicaba que dejaran de llorar, no fuese que le despertasen y viniese y les pegara con el cinto, cosa

que solía hacer cada vez que se emborrachaba. Sentía pena de su pobre madre, sollozaba con el miedo en su rostro; asediada por un silencio que la atenazaba. A Marie se le rompía el alma y la llenaba de miedo, era consciente, por como le miraba su padre, que la próxima presa sería ella.

3. DESTIERRO

Antón estaba harto de vagar por los pirineos, los falangistas y las tropas de asalto le perseguían como perros rabiosos. Bajó a la aldea, su mujer no estaba en casa, cogió provisiones, hizo un hatillo con ellas, ya olía a los falangistas, por el ruido debían estar en la calle de adelante. Hizo unos garabatos de despedida, le juró que cuando estuviese instalado en Francia, volvería a por ella; escondió el papel en el escondrijo del dinero. Los ojos, que muchas veces le escocían de rabia, ahora escupían lágrimas de amor. Presto partió, no poder despedirse de Amalia le entristeció el corazón. El recorrido se hacía muy duro, no iba por los caminos, sabía que los falangistas acechaban a los perdedores, iba por el monte, la nieve le llegaba a media pierna y obstaculizaba su andadura. Era muy duro dejar aquella España que tanto había amado, sobre todo el valle de Arán, que le había acogido. Hijo de un médico de pueblo, no quiso estudiar y se dedicó a la ganadería. Ya de pequeño se ganó el respeto del pueblo: nació un burro sin culo, y él se lo hizo de un tajo. Antón, más tarde apodado el Obstinado, desde crío se granjeó el respeto de sus convecinos: nadie le ganaba a trabajar. En los bancales siempre les sacaba a todos una hilera de ventaja. Creció y se labró un cuerpo fornido. Como era buen mozo, las mujeres lo festejaban a todas horas. Pasado el tiempo se casó con Amalia, por lo legal, y montó una taberna con las pocas perras que le había arrancado a la tierra. Toda la muchachería le ayudó, pues parecía impulsarle un incontenible viento del pueblo, era como si la aldea se regalara a sí misma; en la cantina, en la que se enjuagaba el sudor de cada día, ahogaban las penas. Un remoli-

no de mozos y mozas convirtió la taberna en una sencilla tasca de labradores. El Francés participó en los trabajos y amenizaba la inauguración del local con su guitarra y su cante. Durante la guerra iba algunos sábados por la noche a entretener a la parroquia.

Como muchos de los aldeanos de la zona, Antón quería la tierra para quien la trabajara. Algunos de ellos, los más audaces y los más leídos, pertenecían a la CNT. Cuando, brincando el año treinta y cinco, los que encarnaban tales ideas, pudieron por fin tocar la gloria de sus sueños, el país se vistió de paraíso como una niña de novia. El cura, el cabo de la Guardia Civil y el tío Pedro, el terrateniente, temblaban, les llamaban el terceto; pero Antón era más amigo de la vida que de las ideas, y su sed de venganza no se calmaba tanto con sangre y luto, como con sudor y penitencia. Por eso, comenzada la guerra, cuando las ruidosas camionetas de los milicianos exaltados, orladas de banderas rojinegras, irrumpían en la plaza del pueblo y los camaradas de hierro le preguntaban, con ese extraño aire de rutina enfebrecida: «¿Quién sobra aquí?». Él, henchido de firmeza y de coraje, respondía: «Aquí no sobra nadie. Falta pan y faltan brazos, compañeros». Cuando se marcharon los anarquistas, salvó de la muerte al terceto de la crueldad destronada, pero no los liberó del trabajo, se suprimieron los impuestos y las dádivas a la iglesia. La aldea, asombrada y divertida, pudo ver cómo el cacique, su párroco y su perro de presa, el sacristán, conocían por primera vez la fatiga de los pobres y caían rendidos, como alazanes reventados, al declinar la tarde. Era ésa sin duda la mejor bandera que se podía enarbolar; el mejor resumen de su pensamiento, sumario pero preciso. Y, aún así, después de la guerra, el terceto no agradeció a Antón que los hubiera salvado del paredón o el paseíllo. Cuando finalizaba la contienda, se tiñeron los campos: del amarillo mies y del rojo justicia, al rojo y gualda de la venganza. Un sol distinto y obrero, risa de los cielos repartidos, casi conquistados,